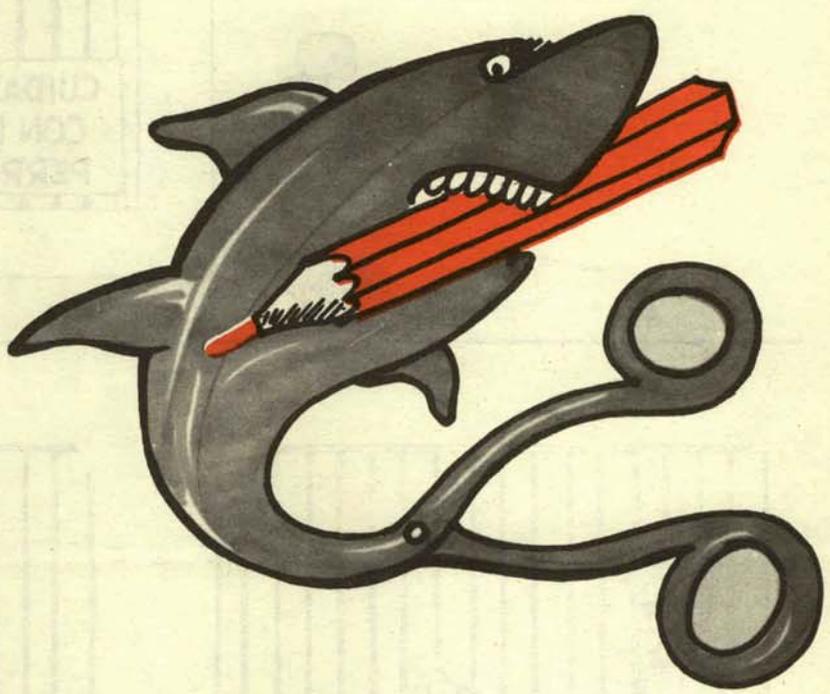


# RON

Estrecho que anuncian los señores  
s costas se han poblado de tiburones.  
Entre los más voraces, el tiburón  
ómico o capitalismo, el tiburón  
ra cómo beben los peces en el río.  
rones. Y ella, la apertura, fue la

## ECONOMICO

analizar las escrituras de compraventa.  
Cuando los tiburones de secano se  
sientan en el consejo de administra-  
ción, muy perfumados con myrurgia,  
sobando el puro con los dedos anilla-  
dos, nadie diría que están haciendo pa-  
tria. Su modo de cazar es muy cautelo-  
so: realmente adoptan un aire furtivo,  
aunque faeneen en su propio coto.  
Mientras los agentes de la autoridad se  
dedican concienzudamente a cazar ra-  
teros, chorizos y mecheras; multan a  
tenderos que han bajado el toldo a des-  
tiempo, exigen a las castañeras y cer-  
lleros públicos el salvoconducto muni-  
cipal, persiguen hasta la madriguera al  
rojo volandero y retiran de la circulación  
a las putas desvencijadas, los tiburones  
capitalistas, hacedores de la patria  
y creadores del producto nacional bruti-  
simo, pueden nadar a sus anchas mo-  
viendo la aleta condecorada, lejos de la  
porra del guindilla, salir a la superficie  
en una zona de libertad no vigilada y  
morder tranquilamente una loma con  
vista pintoresca y montar el negocio  
sucio de una urbanización de ladrillo  
visto para que la clase media vea sobre  
el azul del mar el caminar del sol. ■ V.



## EL TIBURON CULTURAL

**L**OS tiburones de la censura son  
unos tiburones que han dejado  
pasar la película «Tiburón», porque los  
tiburones se respetan entre sí, como las  
hienas (no como los hombres) y porque  
a la censura le convienen estos filmes  
de cataclismo ecológico en los que no  
hay que echar la culpa a nadie. En todo  
caso, al empresario de los baños, que  
queda fácilmente vencido, en su capi-  
talismo voraz, por la generosidad y el  
empeño de un policía con gafas que  
derrota a la bestia de los mares en una  
miniatura de galeón del XVII hecha  
con palillos.  
El criminal nunca gana en los seria-  
les americanos. Y el tiburón tampoco.  
El tiburón de la censura española se ha  
tragado todo el buen cine extranjero de  
cuarenta años, y todo el posible buen  
cine nacional de otros cuarenta (que  
son los mismos). El tiburón de la cen-  
sura se ha tragado todo el buen teatro  
extranjero y todo el posible buen teatro

nacional de otros cuarenta años (que  
como habrán adivinado siguen siendo  
los mismos). Y buena parte de la nove-  
la, la poesía y el ensayo. Ella fue la  
primera. ¿Quién? Rita Hayworth en  
«Gilda», que la cortaron cuando no  
había nada que cortar. Ella, que ahora  
ha vuelto para salir en «Directísimo»,  
ella fue la primera.  
El tiburón de la censura merodea las  
playas soleadas de la imaginación na-  
cional para devorar lo que puede, y a  
unos nos ha comido una pierna, a otros  
un ojo, a otros una metáfora (las metá-  
foras también duelen), y en este plan.  
Así que nuestro mundo intelectual y  
artístico es un mundo de lisiados, co-  
midos, devorados, un mundo de mu-  
ñones y cicatrices que la gente se en-  
seña en el Gijón o en Oliver, pidiendo  
una limosnita por el amor de Dios. Un  
mundo tiburoneado y amedrentado. Y  
ahora, con la marejadilla, el tiburón  
parece que vuelve. ■ U.